

y voluntad y la esperiencia continua de su decision, muchas veces puesta en su conveniencia, pero otras opuesta y resultado solo de su misma libertad.

Ahora bien, si en el hombre hay libre albedrío, es indudable que Dios le ha dotado de esa cualidad, y que ésta es la que ha querido preveer, puesto que ha resultado efectiva, y por consecuencia de esta conclusion, se deduce infaliblemente que Dios no ha querido preveer las acciones individuales de los hombres, porque si las hubiese previsto, todas ellas serian criadas por Dios, y el hombre no tendria libertad ninguna para dejar de ejecutarlas, ni seria responsable de las malas ó meritorio por las buenas.

Si Dios hubiese, como sér omnipotente, previsto todas las acciones de los hombres, y al mismo tiempo el libre albedrío de éstos, resultaria una contradiccion imposible de conciliarse, es decir: que el hombre no seria y seria libre al mismo tiempo, porque cómo podria dejar de ser cumplida la prevision divina? Así es que el hombre estaria irremisiblemente predestinado desde la eternidad, y por consecuencia, no seria ni libre ni criticable en sus acciones, y sus mismas faltas, vicios y predestinacion, serian la obra de Dios, lo que es absurdo y blasfemo el creerlo.

Pero aun hay mas: el concluir que Dios ha previsto todas las acciones del hombre sin decretarlas, es quitar á Dios la cualidad de Sér supremo, reduciéndolo á la simple condicion de un sér que prevee resultados que no puede contratar, y que sin libertad para revocarlos, está sujeto á las leyes que otro sér superior le ha impuesto.

Así es que solo se concilian las premisas necesarias de la verdad con la armoniosa concordancia de las siguientes conclusiones.

1.^a Dios crió las leyes del universo con los tres actos fundamentales de la creacion, y por solo la accion de su omnipotente voluntad.

2.^a Aquellas leyes constituyeron á la naturaleza ó vida universal, como un sér inteligente y Providencial para continuar la creacion dispuesta por Dios.

3.^a Dios, para completar y perfeccionar sobre la tierra las obras de la naturaleza, crió al hombre como un sér Providencial de un órden superior á la naturaleza misma.

4.^a Para esto eligió un sér privilegiado en su organizacion física, entre las obras de la naturaleza.

5.^a Una vez elegido, le dió una alma inteligente, libre é inmortal, dotada del intuitismo ó instinto espiritual, capaz de indicarla el bien y el mal fundamental para procurár el primero y dirigirse hácia él, y susceptible de descubrir el segundo, evitarlo y eliminarlo de la creacion que sobre el planeta le está encomendada.

6.^a Dios dejó al hombre en libertad de buscar los medios mas propios para descubrir, cumplir y santificar su propio destino sobre la tierra.

7.^a También lo dejó en libertad para descubrir, obsequiar y poseer la verdad, dándole sin embargo el intuitismo que no lo sujeta, pero sí le alumbró al buscarla de buena fé en el ejercicio de su destino.

8.^a Así, pues, Dios dejó en libertad á la naturaleza para la produccion de sus fenómenos, sin mas límites que las leyes primitivas y universales, y la naturaleza, Providencial é inteligente, ha glorificado á Dios en sus obras.

9.^a Así tambien Dios ha dejado en libertad al hombre, sin mas límites en el ejercicio de su destino Providencial, que las leyes fundamentales de la naturaleza y las de su propio espíritu; y el hombre busca continuamente la mejor manera de cumplir su mismo destino y de glorificar á su Dios.

10.^a De este modo Dios ha previsto las leyes universales de la naturaleza y las peculiares del espíritu humano, infundiéndoles con ellas los instintos de sus

respectivos destinos; pero Dios ha querido dejar en libertad á la naturaleza y al espíritu humano para hacerse meritorios por sí mismos.

11.^a Así la naturaleza se dirige hácia la estabilidad absoluta ó sea la perfeccion é inmutabilidad de que es susceptible en un núcleo final.

12.^a Así tambien el hombre se dirige hácia la inmortalidad y la gloria que le está reservada, cumpliendo su Providencial destino como semejanza de Dios.

13.^a De este modo Dios indica al hombre por medio de la naturaleza y del intuitismo, lo que debe corregir, y el hombre halla en ello el mal fundamental.

14.^a También le indica lo que debe procurar y ejercer, y así comprende el espíritu humano el bien fundamental.

15.^a Así, pues, en Dios no hay mal posible, y el bien absoluto es su gloria.

16.^a Y así tambien en el espíritu humano, premiado por su Providencialidad y perfeccion, no habrá mal posible al disfrutar el goce eterno y prodigioso de la gloria de Dios.

P. Ya comprendo lo que llamais bien y mal fundamental, resultando la evidencia del mal ante la humanidad, para que ésta, obrando como una Providencia derivada, secunde los fines de la Providencia divina, continuando la creacion sobre la tierra; mas decidme: ¿cuáles son las guias que auxilian al hombre en su mision Providencial?

R. Para satisfaceros en este punto, observad que el bien y el mal puede dividirse, como ya lo he hecho, en físico, moral, social é intelectual. Para obtener el bien y eliminar el mal físicamente, nos guian la naturaleza y la ciencia. Para lograrlo moral y socialmente, nos guian la naturaleza, la ciencia y el intuitismo. Por último: en el órden intelectual nos guian la naturaleza, la ciencia, el intuitismo y la conciencia del género humano.

P. Dadme algunos ejemplos de esto.

R. El hombre, al obrar como una Providencia con respecto al planeta en que vive, cultivando sus campos, observa la naturaleza, y ésta le manifiesta cómo deposita las simientes en la superficie de la tierra; les da los jugos necesarios para su desarrollo é incremento, y por último: cómo conserva los frutos para que sirvan de alimento á otros seres superiores, reservando aquellos que necesita para conservar la planta que los produjo, y sembrarlos de nuevo en tiempo y terreno propicios. Así es que el hombre solo auxilia á la naturaleza en semejantes operaciones, y ésta, aprovechando los servicios de la humanidad, se cubre de verdor, de flores y de frutos, y presenta á su inteligente colaborador los mas rientes y satisfactorios resultados, engalanando aun los desiertos con maravillosos jardines.

Si el hombre quiere obrar Providencialmente con respecto á los animales, destruyendo las especies dañinas, multiplicando y utilizando las benéficas, y conservando y mejorando las de su inmediato servicio, es la naturaleza aún la que le enseña las localidades, los alimentos y los medios en general necesarios para lograr estos fines. Y la misma naturaleza, ya sufriente y ya complaciente en los animales de servicio, manifiesta al hombre que está obligado á tratar bien y benignamente á estos, y que con el buen trato y la dulzura obtiene de ellos mas utilidad incomparablemente, que con la dureza y crueldad.

En fin, la naturaleza, y el recuerdo de los fenómenos naturales, á que llamamos ciencias físicas, enseñan al hombre cómo mejorar la situacion de todos los seres que de él dependen, y hacer de ellos un uso útil á sí mismo y á las criaturas inferiores que emplea.

P. Es cierto que la naturaleza enseña al hombre multitud de fenómenos, de que puede sacar utilísimos resultados; pero ¿no convenís en que no da sus lecciones con suficiente claridad, pues aun en la importantísima ciencia de la medi-

cina, apenas ha conseguido unas cuantas verdades, y que casi en su totalidad se halla esa ciencia en un estado tal de oscuridad, que mantiene á los que la profesan en continuas dudas y disputas?

R. En verdad, el hombre se halla muy atrazado en esa ciencia; pero esto es por su culpa y no por la de la naturaleza. El motivo del atrazo de la medicina, es que se habia observado mal, y que se tomaban por causa de las enfermedades, los síntomas con que la naturaleza indicaba la existencia de las enfermedades mismas, y al propio tiempo los medios de curarlas.

Ya habeis visto en el capítulo segundo que la tos, el estornudo, la calentura, etc., etc., no son sino los esfuerzos que la naturaleza hace para librarse de las enfermedades é indicantes de éstas, y por consecuencia, que aunque (como el dolor) se identifican con el mal, no son el mal en sí mismos, y por el contrario, que esos recursos de la naturaleza son preciosísimos para la curación de las enfermedades. Pero el hombre en vez de observar y seguir fielmente esas indicaciones, se ha lanzado á formular sistemas, á los cuales se ha apegado, estrechando sus propios recursos curativos por querer sujetar éstos á aforismos pueriles, como procuraré demostraros lo mas brevemente que me sea posible.

Observó el hombre que con el calor se quita el frio, que con el alimento se mitiga el hambre, que con la dieta se corrigen los excesos de la gula, etc., etc., y concluyó por formular esta sentencia: *contraria contrariis curantur*. Los contrarios, son curados por sus contrarios, cuya regla ha regido á la ciencia médica por muchos siglos.

Pero la decepcion y la pena ocasionadas de resultados frecuentemente siniestros, hicieron al fin dudarse de aquel axioma médico. Se procuró conocer mas á la naturaleza, y se observó que con los diaforéticos que exaltan la accion del sistema circulatorio, se curan á menudo varias calenturas; que con el mercurio que ataca é irrita las glándulas, y especialmente las de las fauces, se curan las póstulas venéreas situadas en aquellos órganos; que con la viruela vacuna se previene la confluente epidémica; que con la quinina irritante en sí misma, y que suele exaltar el círculo de los humores y promover la calentura, se curan las intermitentes, etc., etc.; y concluyeron por establecer un nuevo sistema formulado por un aforismo enteramente opuesto al anterior, y así se puso por epígrafe de la nueva escuela: *similia similibus curantur*; los semejantes son curados por sus semejantes.

Pero yo mismo he confundido á algunos miembros de buena fe de esta escuela, preguntándoles simplemente ¿con qué curan las lombrices, el ácarus, la sarna, la tiña y tantos otros parásitos visibles, no solo con la ayuda del microscopio, sino aun á la simple vista, siendo algunos de ellos (como la ténia ó solitaria) de dimensiones sorprendentes? Al confesar que las medicinas adecuadas matan ó privan del alimento aquellos parásitos, se veian obligados á reconocer el aforismo contrario al de su escuela, y en general, para salvarse de una inconsecuencia dogmática, ocurren á una teoría absurda y que jamas podrán probar, diciendo: que las medicinas que en pequeñas dosis sirven para librarse de esos parásitos, en dosis elevadas los producen en la economía viviente. ¡O aberración del humano discurso! ¡Sentár un principio en que el ácarus fuese producido por el azufre, el venéreo por el mercurio, la ténia por el cuso, y las ascárides por el arsénico, es una temeridad sistemática imposible de prueba, y á cuya teoría se oponen la naturaleza venenosa de esas drogas, y la esperiencia que ha demostrado que ningún sér viviente se puede obtener sin un gérmen!

Pero no obstante la falsedad del principio, la nueva escuela ha hecho servicios inmensos á la ciencia: Primero, ensayando el uso de sustancias y venenos activi-

simos, ministrados en dosis tan ténues, que sin comprometer la vida del paciente, surtan sus efectos sobre la causa de la enfermedad. Segundo, estudiando la parte local de la economía humana, á donde de preferencia se dirige la accion de las diferentes sustancias que se emplean como medicamentos. Tercero, en la preparacion de éstos, reduciéndolos á la mayor divisibilidad ó trituracion posible. Cuarto, en el estudio atento de los síntomas para aplicar á ellos, aunque por las vías generales de la economía, la accion local de los diferentes medicamentos; y quinto, evitando en cuanto es posible el imprudente ó prematuro uso de operaciones quirúrgicas.

Estas escuelas se hacen una guerra cruel, y las dos oponen los sucesos obtenidos para desacreditar el método contrario, cuando con una poca de imparcialidad deberian conocer que ninguno de los dos principios es exacto ni puede aplicarse universalmente.

Siguiendo yo la senda Providencial que me ha movido á tocar esta cuestion, necesito oponer á los dos aforismos indicados, uno que indudablemente tiene el carácter de universalidad que debe para servir de norma en todos los casos médicos posibles.

Así pues, el epígrafe Providencial en medicina, puede ser este: *Natura juvata curat*. La naturaleza auxiliada cura. Y de facto, se demuestra fácilmente que de nada servirian todos los recursos de la ciencia sin la cooperacion de la naturaleza, encomendada ésta como lo está por el Criador, de la proteccion y conservacion de la vida y de los esfuerzos instintivos de ésta para la prolongacion de su existencia.

He dicho en el capítulo primero que la mayor parte de las enfermedades consiste en parásitos, ya animales, ya vegetales, ó ya humorales, que se apoderan de algun órgano de la economía humana, y que la perjudican mas ó menos gravemente de uno ó mas de los modos siguientes: Primero, mecánicamente ó como un simple estorbo. Segundo, irritantemente, promoviendo secreciones anormales é inflamaciones. Tercero, orgánicamente, supurando ó devorando las partes atacadas. Cuarto, corrosivamente, desorganizando los tegidos. Quinto, venenosamente, matando el principio vital, y gangrenando ó mortificando las partes; y sexto, deletereamente, destruyendo rápidamente los tegidos, y alterando su estructura física y química.

A primera vista parece corto el número de las enfermedades ocasionadas por parásitos, porque se desconocen los límites de la vida de esta clase de seres, exigiéndose para calificarlos de vivientes, el que estén al menos dotados de organizaciones tan complicadas como las plantas fungosas en los vegetales, ó como el ácarus ó la ténia en los animales. Pero obsérvese bien á la naturaleza, y se verá que una simple célula suele tener suficiente actividad de existencia para asimilarse las sustancias orgánicas que la rodean, y multiplicarse por seccion vesicular con una prodigiosa rapidez. Del mismo modo algunas criptógamas microscópicas invaden los tegidos y se desarrollan y enraigan con una celeridad igualmente terrible. Tambien una simple contusion ó el infarto de una glándula, suele aislar, del círculo general, humores que adquieren una vida propia y de asimilación, y por esto venir á ser parásitos capaces de reproducirse como los zoofitos por seccion, y que concluyen por invadir la economía en general sin ser posible estirparlos. Por último, una simple inflamacion que estrangula algunos tegidos, ó hace cesar el círculo de algunos humores, viene á ser una especie de parásito que tiene por término la resolucion, la supuracion, el scirro, ó la gangrena.

Una vez conocido esto, se ve fácilmente por qué casi todas las medicinas, tanto internas como externas, son venenosas; que el uso de las simplemente calman-tes, en la mayor parte de las enfermedades, solo embota éstas pero no las cura;

y por último, que multitud de drogas dejan lesiones orgánicas casi tan terribles, como las enfermedades que han curado, sucediendo á veces que solo se aumenta su accion dañosa á la de la enfermedad rebelde.

De este modo se puede concluir como un axioma: *Natura juvata curat*, y aprovechando las lecciones de la naturaleza y de la ciencia, desechár los sistemas esclusivos, tomando de ellos lo que la esperiencia califica de bueno, sin perder los frutos de ésta por sostener teorías erróneas. Yo, por mi parte, tengo tanta fe en las indicaciones Providenciales de la naturaleza, que donde quiera que observe un síntoma producido por ella, comprendo que él es un indicante de curacion, y que basta el ver las palpitations y los esfuerzos sintomáticos en las enfermedades del corazon para cerciorarse de que éstas deben un dia ser curadas, por haberlo así la naturaleza dispuesto.

Tiempo es ya de que la medicina se depure de aforismos y trabas pueriles, y de que se comprenda que auxiliándose á la naturaleza, por ejemplo, en la tos enfermiza, se produce generalmente la tos curativa y salutífera. Esta es sin duda la esplicacion de todos los esfuerzos naturales en las crisis en que los síntomas aparecen á menudo mas terribles que nunca, y que solo son los esfuerzos de la naturaleza para deshacerse de la causa del mal, y con los cuales sucumbe ó se salva de él; pero lo último seria siempre, si el médico supiese aprovechar esos supremos esfuerzos de la economía viviente, auxiliando á ésta en su lucha con el mal. Lo cual es tan cierto, que se observa que en la extrema ancianidad, ó cuando la debilidad y postracion son absolutas, la vida ya no lucha, el dolor desaparece como inútil, la muerte es inevitable y la ciencia impotente abandonada por la naturaleza.

P. De facto, parece que la naturaleza y la ciencia enseñan al hombre Providencial lo que debe practicar para cumplir su noble destino acerca de la mayor parte de los males físicos; pero decidme: ¿será lo mismo en las grandes operaciones de las fuerzas del planeta? ¿Podrá la humanidad hacer algo para prevenir las grandes catástrofes volcánicas, ú otros movimientos subterráneos que conmueven asimismo la corteza del globo arruinando las habitaciones del hombre?

R. Sí, podrá éste evitarlas y con gran provecho propio, si obra conforme las indicaciones de la naturaleza.

Hace tiempo que he pensado, que practicando perforaciones semejantes á las de los pozos artesianos, pero mucho mas profundas y amplias, podrá obtener manantiales de vapor y aun de fuego, para el alimento y movimiento de sus máquinas, y con éstas, fuerzas enormes para practicar otros trabajos análogos y multiplicar sus recursos de luz, de calor y de electromagnetismo, de un modo prodigioso y económico. Así, pues, cuando esas perforaciones fuesen en suficiente abundancia y profundidad, darian una fácil y lenta salida al calórico irradiante del seno de la tierra, previniendo su aglomeracion, y el que haciéndose explosivo, lanzase sus estupendas fuerzas trastornando la superficie del globo.

De una manera inversa se consigue ahora prevenir el rayo, descargando las nubes de su electricidad, por medio de varillas conductoras que la difunden en la tierra, sin permitir que su aglomeracion en la atmósfera se convierta en destructora y detonante.

Muchos mas ejemplos podria presentaros si no temiera distraer este catecismo de su principal programa.

Por ahora observad, que así como la naturaleza y la ciencia enseñan al hombre cómo debe de ser Providencial en física, así tambien, añadiendo á ellas el intuitismo individual y el buen sentido de la humanidad, facilitan á ésta el ejercicio de su Providencialidad en cuanto al bien y el mal moral, social é intelectual, como procuraré demostraros metódicamente en los capítulos posteriores.

CAPITULO VII.

DEL ORIGEN DEL HOMBRE Y DE LAS CIRCUNSTANCIAS BAJO LAS CUALES SE HA IDO MODIFICANDO LA CONDICION PRIMITIVA DE LA HUMANIDAD.

PREGUNTA. Cuál es el origen del hombre?

RESPUESTA. Dios, como su criador.

P. Cómo conoceis que Dios es el criador del hombre?

R. Porque el primer hombre y la primera muger deben haber venido al mundo de un modo distinto de aquel conque despues se han reproducido todas las generaciones humanas.

P. Pues qué no creeis que la primera pareja debió producirse por leyes naturales?

R. Sí, pero esas leyes á su vez son la obra de Dios; porque en las obras de Dios las leyes son los mismos seres que las ejecutan y obedecen. Así es que la primera pareja humana fué la ley y la ejecutora de la ley dictada por Dios, y despues todas las generaciones posteriores no han sido sino las conservadoras y reproductoras de la ley.

P. No me habeis dicho en el capítulo anterior que el hombre es sobre la tierra la mejor obra de Dios y de la naturaleza?

R. Sí, porque vemos en la construccion geológica de la tierra que ningun sér viviente (en la acepcion comun de esta frase) ha aparecido en el planeta sino cuando hubo los elementos necesarios para su conservacion, y así encontramos que aparecieron antes los vegetales y los animales mas simples, despues los mas complicados, y al último de todos ha venido el hombre, sér privilegiado y admirable, pero que en su físico guarda el tipo general de la organizacion de los mamíferos, aunque sumamente mejorada tanto en su estructura huesosa cuanto en sus sistemas nervioso y vascular, mostrando, sin embargo, el sello general de las obras de la naturaleza. Pero en la parte espiritual es donde se observa esa inmensa distancia que separa al hombre de los demas seres del planeta, y que solo puede ser la obra de Dios, á cuyo Supremo Sér, como á su divino origen, dirige el hombre sus instintos espirituales y morales, no solo superiores á la naturaleza, sino correctores de ésta.

Así es como se encuentra en el hombre una parte de su sér, la física, que pudo haberse producido por solo las leyes comunes de la naturaleza, y que tanto se identifica con las obras de ésta, al paso que otra parte, la moral, es superior á la natu-